

En efecto, la ley Sempronia daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarlo impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscrito. La mayor anarquía reinaba en las costumbres. Pompeyo habíase propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos veteranos traer fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las guedejas doradas y ofrecía en cambio aplausos al general; però pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz espantosa, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á las muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aún para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un Dios.

Acompañábanle mucho en todo esto Fulvia y Clodia. Ellas tenían salones políticos y literarios á la usanza del París moderno. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos bordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo, y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales, que lo acusaban las gentes de incestuoso. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se

levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de festividad entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ramas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos y convertían las praderas en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para evitar las sensaciones y recrudescer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan, ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para divertirles y mostrarles adonde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tálamo de un pontífice máximo, como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercibimientos, cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes, y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia, su madre, la suegra, que velaba por el honor de su hija con porfiada vigilancia. Imposible saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fé de las mujeres, heridas por el desacato, armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse aturdido en el cuartó de una sierva. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia, mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la gracia. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que dar á los jueces parte de su fortuna, y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

Tal aventurero protegían los dos amos de la ciudad, Pompeyo y César. A sus caprichos, á sus venganzas, ¡parece imposible!, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio, inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á em-

peño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda suerte de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenida por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veía en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos por aquel aquelarre de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes lanzadas desde la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, como ya hemos dicho, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende, al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la Historia por virtud de la elocuencia ciceroniana con el célebre nombre de Milón. Este reunió gréculos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos de cuyas condiciones dan idea las lenguas modernas con la palabra vulgar *libertino*, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad de aquellos tiempos consentía que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el pecho de su enemigo y aun mezclara los arúspides y los auspicios en estas viles venganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios de indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al galope último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna le cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabelle-

ra, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre como con agua litúrgica sus partidarios é impelerlos al combate, ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto aquel con quien había tenido un mismo tálamo, ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Clodio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la iniquia que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, siu presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Así permaneció encendido el fuego de la intensa pasión en que ardía Fulvia. Imaginaos la cabeza de Medusa, que hiela, en cuantos llegan á contemplar sus gestos, de horror, la sangre; imaginaos esas Gorgonas cinceladas por los buriles del Renacimiento en los escudos y timbres del ejército; imaginaos esas furias transmitidas hasta nosotros, cuyos ojos airados, cuyos labios vibrantes de odios, no alteran la olímpica gracia; imaginaos Medea en el momento de truncidar á sus hijos y arrojarlos disyectos á los pies de su padre Jasón; quizás con estas imaginaciones adivinéis toda la reconcentrada ira de Fulvia, en su furor adscrita, desde la muerte del esposo, á procurarle una cruentísima venganza. Para ella no lo mató la banda informe y tumultuosa de Milón, su rival; no lo mató la cólera de Pompeyo, apenas consistente y duradera en ánimo sujeto á continuas alteraciones, si encrespadas, fugaces; lo mató el destierro de Cicerón, quien, muy envanecido por sus luchas con la demagogia, y muy pagado en su vanidad femenil de que nunca levantaría la cabeza quebrantada por sus plantas, encontró el espíritu de Catilina transmigrado á Clodio, y el puñal de los catilinaros en manos de tan excelso tribuno, rico, elocuente y hermoso. Los dioses domésticos, los dioses patrios, los dioses infernales invocó Fulvia en su odio, después de haber acumulado el oro que pudo granjearse y las armas y los partidarios contra el orador aborrecido. Esta Catilina mujer, tan aviesa como su masculino modelo, acariciaba el propósito de vengar á su Clodio con una gran vehemencia, y lo ponía por obra con una tenacidad sin ejemplo. Figuraos un partido sensual compuesto de muy exaltados epicúreos, con semejante mujer á la cabeza, mujer sin más entrañas que las necesarias al sustento de sus placeres, y os formaréis idea del monstruo á quien Cicerón había pisado en la segunda mitad de su vida. El hado le persiguió bien trágicamente y le llevó á bien horrible desastre. Él no supo, no, conjurarlo; por lo contrario, provocólo con terribles retos. Milón, el asesino de Clodio, alcanzó la defensa de su inmortal palabra. Proscrito en Marsella por las acusaciones públicas, Cicerón lo defendió en el tribunal con todos sus recursos, y en tal defensa no perdonó medio ninguno de presentar á Clodio como un demagogo, como un ladrón, como un asesino, como un terrible incendiario sustentado en sus críme-

nes por su mujer, de quien nunca se apartaba, cual si fuera su alma. El majestuosísimo sitio donde lo inmolaran, aquella vía triunfal de sepulcros ciclópeos y de monumentos maravillosos que iba desde las puertas meridionales de Roma hasta las aguas marinas de Ostia, vía por un predecesor de Clodio abierta, sirvióle á motejarlo más y más de indigno, y á echar, como nefastas maldiciones de la conciencia humana, sobre su cadáver y sobre su memoria, los manes de tanta ilustre ascendencia y la grandeza y esplendor de su nombre. La ira de Fulvia no conoció límites viendo á Cicerón defender el asesino de su esposo, y, para defenderlo, vejar á éste, muerto y enterrado, con todos los vejámenes que podían ocurrirse á su amplísima elocuencia.

En Enero de 701 mató Milón á Clodio; en 25 de Febrero acusaron al uno las gentes partidarias de la persona y de la política del otro, y en 8 de Abril ¡ah! pronunció el gran orador la defensa de su asesino. Herida profunda indudablemente abrió en su alma el día y el resultado nefastos de aquel discurso. Fulvia se las compuso de manera que la palabra más alta de Roma encontró en los jueces y en las muchedumbres un irreparable fracaso. No pudo Cicerón hacerse oír. Colocados los partidarios de Clodio frente á la tribuna, llenas las galerías circundantes de gladiadores en armas, no logró su elocuencia incomparable abrirse paso hasta el corazón de su enemigo auditorio, que opuso la burla, el escarnio, el estruendo, al insulto, el más avasallador de todos los poderes intelectuales. Más acompañada, mucho más música la elocuencia de griegos y romanos que nuestra elocuencia moderna, el desconcierto aquel desconcertó completamente á Cicerón. El discurso no llegó á su término. La plebe clodiana fué con él tan terrible como la plebe catilinaria. El tribunal confirmó la sentencia de destierro contra Milón. Habíase recogido el discurso pronunciado, que menciona en sus instituciones oratorias nuestro ilustre Quintiliano, y todos unánimes lo declaraban inferior á la fama y alteza del maestro. Conviniendo en ello éste, no quiso legar á la posteridad aquel esbozo borrado por la inquina de sus enemigos, y compuso muy reflexiva y cuidadosamente otra mejor arenga. Cuando, terminada, se la remitió á Milón, éste, muy chusco y muy escéptico, le dijo que, si como escribiera tal defensa después del juicio, la pronunciara en el juicio mismo, no se hallaría, no, su defendido comiendo las ostras de Marsella. Tal oración, escrita y no hablada, en que las violencias de palabra jamás se cohonestaran con el pretexto de la improvisación y con las sugestiones de los exaltados apasionamientos; prueba cómo reinaban la ira y la venganza en aquellos duros tiempos. Milón, su asesino al cabo, siquier asesinara persona tan perversa como Clodio, es denominado héroe de la patria. Las tropas, que rodean la tribuna, son denunciadas por una sabia perífrasis, no de auxilio y seguro para el orador, sino de auxilio y seguro para sus enemigos, colocados allí, so pretexto de rechazar la violencia, con el propósito de ofender y perturbar la defensa. Los clamores del pueblo no van, según el texto de la defensa, tanto contra el defensor como contra los jueces. El asesino verdadero no

resulta en aquel texto suyo Milón, matador, no, resulta Clodio, muerto. Un jefe de banda, tan vulgar como su cliente, aparece allí puesto junto á Escévola y Escipión. El asesinado parece un reo. Sus voluptuosidades, sus juegos, sus orgías, las mujeres á quienes amara, su Fulvia, semejante á la musa del odio, todo va pasando en aquellos inmortales periodos, tan rotundos, con la marca de perdurable infamia. Pero el defendido salió condenado. Cincuenta y un jueces lo juzgaron, y de los cincuenta y uno sólo trece votaron en su favor. Los bienes fueron vendidos en almoneda pública, y, á pesar de sumar sesenta millones de pesetas, no bastaron á cubrir sus deudas. Tres sentencias condenatorias cayeron sobre su persona tras la sentencia que no pudo impedir Cicerón. Sin embargo, Fulvia no se creía vengada todavía. Su cólera no buscaba tanto al reo como á su defensor y vocero. Esta debió temblar cuando supo que se hallaba entre los acusadores de Milón un hombre como Antonio, en quien hizo presa Fulvia para procurarse la terrible venganza. Y la consiguió.

Con sólo detenerse un minuto á contemplar la figura de madame Rolland, resalta la injusticia cometida por los contemporáneos comparándola con Fulvia; de aristocrática familia ésta, y aquella de familia burgués; ociosa, como noble romana, la una, mientras la otra, siempre adscrita en el trabajo diario, como buena y hacendosa mujer de su casa; entre perdidos y demagogos Fulvia, entre severísimos republicanos Madame Rolland; el esposo de la primera un calavera, el esposo de la segunda un estóico; de bureo en bureo, á cual más desordenado, y de orgía en orgía, la matrona, de conferencia en conferencia política, todas igualmente graves, la plebeya; presidiendo ésta un cenáculo de innovadores, y aquella una legión de incendiarios; la una levantada en el ocaso de gloriosa República, cuya muerte aflige al género humano todavía, la otra en el oriente de tempestuosa, pero fecunda, república, la cual ha sufrido terribles eclipses y ha pasado por crisis mortales; mas quedando ya, en definitiva, de organismo consustancialísimo con Francia, que lo revestirá siempre, y de ideal espléndido, á cuya completa realización tienden los primeros pueblos del mundo, como esperanza y seguro de toda la humanidad. Nacida Fulvia en altas clases, por su inteligencia y por su moral ha bajado en la Historia; nacidas en bajas clases, Madame Rolland ha subido en la Historia. Para bajar, desde tan alto, al pudridero, donde yacen los criminales, se necesita mucha maldad; para subir desde tan bajo, al coro de las personas históricas inmortales, se necesita mucha virtud. Fulvia careció de la sensibilidad y delicadeza cristianas, que no podían, en su tiempo, anterior al Evangelio, adquirirse; Madame Rolland tuvo el sentimiento propio de una religión absorbida por los poros del alma desde la niñez, y aumentado por aquellas exaltaciones ultranerviosas que despertara el invento de condensar y transmitir la electricidad, así como por el genio de la pasada centuria, cuyo verbo, el autor de la nueva Heloisa, remontaba los nervios con sus frases como la electricidad con sus chispas. Toda mujer romana, la mejor y más ex-